

La familia, en el otro aposento,
Manifiéstame, en tanto, una alarma furtiva,
Por el tenaz aislamiento
De esa primogénita delgada y pensativa.
«No prueba bocado. Antes le gustaba el jamón.»
«Reza mucho y se cree un cero á la izquierda.»
«A veces siente una puntada en el pulmón.»
—Algún amor, quizá, murmura mi cuerda
Opinión...

En la obscuridad, á tientas halla
Mi caricia habitual la cabeza del nene...
Hay una pausa.

«Pero si aquí nadie viene
Fuera de usted,» dice la madre. El padre calla.

El aire huele á fresia; de no sé qué espesuras
Viene, ya anacrónico, el gorjeo de un mirlo
Clarificado por silvestres ternuras.
La niña sigue inmóvil, y ¿por qué no decirlo?
Mi corazón se preña de lágrimas oscuras.

No; es inútil que alimente un dulce engaño;
Pues cuando la regaño
Por su lección de inglés, ó cuando llévola
Al piano con mano benévola,
Su dócil sonrisa nada tiene de extraño.

«Mamá ¿qué toco?» dice con su voz más llana;
«¿Forget me not?...» Y lejos de toda idea injusta,
Buenamente añade: «al señor Lugones le gusta.»
Y me mira de frente delante de su hermana.

Sin idea alguna
De lo que pueda causar aquella congoja
—En cuya languidez parece que se deshoja—
Decidimos que tenga mal de luna.
La hermana, una limpia joven de batista,
Nos refiere una cosa que le ha dicho:

A veces querría ser por capricho,
La larga damisela de un cartel modernista.
Eso es todo lo que ella sabe; pero eso
Es poca cosa
Para un diagnóstico sentimental. ¡Escabrosa
Cuestión la de estas almas en trance de beso!
Pues el «mal de luna»; como dice más arriba,
No es el sino el dolor de amar, sin ser amada,
Lo indefinible: una Inmaculada
Concepción, de la pena más cruel que se conciba.

La luna abollada
Como el fondo de una cacerola
Enlozada,
Visiblemente turba á la joven sola.
Al hechizo pálido que le insufla,
Lentamente gira el giratorio banco;
Y mientras el virginal ruedo blanco
Se crispa sobre el moño rosa de la pantufla,
Rodeando la rodilla con sus manos, unidas
Como dos palomas en un beso embebidas,
Con actitud que consagra
Un ideal quizá algo fotográfico,
La joven tiende su cuello seráfico
En un noble arcaísmo de Tanagra.

Conozco esa mirada que ahora
Remonta al ensueño mis humanas miserias.
Es la de algunas veladas dulces y serias
En que un grato silencio de amistad nos mejora.
Una pura mirada,
Suspensa de hito en hito,
Entre su costura inacabada
Y el infinito...

A LA LUNA DE VERANO

Son de tu clientela,
El can necio y fiel,
Y la damisela
Con su damisel.

—

Deplora un fasete
Tu fiasco de actriz
En el clarinete
De un mozo infeliz.

—

Tu gran cero ha inscrito
En su proverbial
Cabeza, el chorlito,
Con luz natural ;

—

Guarismo enigmático
Que en fiel comprensión,
El asno lunático
Pone á su ilusión

Una *miss* coqueta
Quisiera volar
En su bicicleta
Con tu rueda impar.

Bandeja del ogro
Que al pobre bebé,
En pérfido logro
Va á comerle un pie.

Flor de *jettatura*,
Carantoña vil,
Tu antigua flacura
Tiene un aire hostil.

Sobre la muralla
Te canto mi amor.
Dame tu pantalla
Luna, ¡qué calor!

LA MUERTE DE LA LUNA

En el parque confuso
Que con lánguidas brisas el cielo sahuma,
El ciprés, como un huso,
Devana un ovillo de bruma.
El telar de la luna tiende en plata su urdimbre ;
Abandona la rada un lúgubre corsario,
Y después suena un timbre
En el vecindario.

Sobre el horizonte malva
De una mar argentina,
En curva de frente calva
La luna se inclina,
O bien un vago nácar disemina
Como la valva
De una madreperla á flor del agua marina.

Un brillo de lóbrego frasco
Adquiere cada ola,
Y la noche cual enorme peñasco
Va quedándose inmensamente sola.

Forma el tic-tac de un reloj accesorio,
La tela de la vida, cual siniestro pespunte.
Flota en la noche de blancor mortuorio
Una benzoica insipidez de sanatorio,
Y cada transeúnte
Parece una silueta del Purgatorio.

Con emoción prosaica,
Suena lejos, en canto de lúgubre alarde,
Una voz de hombre desgraciado, en que arde
El ardor negro del rom de Jamaica.
Y reina en el espíritu con subconciencia arcaica,
El miedo de lo demasiado tarde.

Tras del horizonte abstracto,
Húndese al fin la luna con lúgubre abandono,
Y las tinieblas palpan como el tacto
De un helado y sombrío mono.
Sobre las lunares huellas,
A un azar de eternidad y desdicha,
Orión juega su ficha
En problemático dominó de estrellas.

El frescor nocturno
Triunfa de tu amoroso empeño,
Y domina tu frente con peso taciturno
El negro racimo del sueño.
En el fugaz desvarío
Con que te embargan soñadas visiones,
Vacilan las constelaciones;
Y en tu sueño formado de aroma y de estío,
Flota un antiguo cansancio
De Bizancio...

Languideciendo en la íntima baranda,
Sin ilusión alguna
Contestas á mi trémula demanda.
Al mismo tiempo que la luna,
Una gran perla se apaga en tu meñique;
Disipa la brisa retardados sonrojos;
Y el cielo como una barca que se va á pique,
Definitivamente naufraga en tus ojos

LA NOVIA IMPOSIBLE

El comandante G. me refirió aquella noche un cuento extraño.

Representaba el comandante un simpático tipo de soldado : ojos bruscamente vivaces, fuertes cejas de amplitud leonina, nariz aguilena de experto consumidor de pólvora, bigote autoritario y ancho resuello. Su palabra sonaba alto, y al hablar, escribía en el aire las frases, con ademán vertical, como hacheando. Tenía la rara discreción de no referir su foja ; no dispersaba los datos de su futura biografía. Sin embargo, contaba anécdotas, y sabía darles un interés tan singular, que quien habíale escuchado una, le oía cien sin aburrirse. Forma parte de su colección la siguiente, que no merece el olvido, á mi entender ; razón por la cual me decido á escribirla.

En una de las ciudades donde le tocó estar de guarnición, cuando era capitán, trabó amistad el comandante con un joven de su misma edad, rico y soltero. Espíritu paradógico, en pugna con un carácter irresoluto que al más mínimo contraste se acongojaba hasta la desesperación, aquel amigo fué para nuestro militar una espe-

cie de hermano menor, desilusado y enfermo. Su fuerza le acogió con paternal apego, su cariño desbordó generosidades para él. Le oyó con simpatía, lo cual equivale á consolar, y en vez de aconsejarle, le distrajo.

Temía por él y con razón, pues veíale enfermo. No de mal físico, sino de enfermedad moral. Agotábase en una de esas tenaces melancolías, pobladas de deseos insaciables, que angustian el espíritu con fatales inminencias, con presagios punzantes; y en sus malas noches, cuando sentía la absorción de la soledad, que para el alma tranquila es refrigerio, había llegado á «oir» sus pensamientos, á manera de una lluvia serena y sombría, que, amplificándose, acababa por convertirse en el informe rumor de la noche aglomerada en torno.

Semejantes crisis preocupaban al militar. Era, sin duda, urgente interesar aquella alma, pues los caracteres del suicida por «cansancio» se definían.

Tal reflexionaba el comandante una noche que discurrían juntos entre los árboles de la quinta solariega. Una paz inmensa caía de los astros. La serenidad nocturna se llenaba de aromas.

El comandante preguntó de pronto:

—Dime, ¿por qué no te enamoras?

Su compañero tuvo un estremecimiento.

—¿Enamorarme?— dijo; — nunca he comprendido bien el significado de semejante palabra. La mujer ha sido uno de mis caprichos, el

más costoso y amargo. Padezco por culpa suya; mi tristeza es femenina. Lo que primero empezó á cansarme fué el amor. Las he dado mi existencia sin tasa; he exprimido el jugo de todas mis flores—no un jardín, una selva,—para formar una píldora de hastío. Cuando estuvo hecha, la tragué, y ahora sufro las consecuencias. Alguna vez he soñado con el amor; he pensado que la comunidad afectiva podría ser algo más que un sueño, y para decírtelo de una vez, he querido amar y... no he podido.

El comandante intentó replicar.

—No, déjame concluir. Tanto peor para ti si te disgusto, pero la culpa es tuya. Yo no puedo querer; es problema resuelto. Estoy condenado al aniquilamiento, pues el único amor posible para mí, sería el amor imposible. Desde niño soñaba con quimeras. Tenía un amigo fantástico, un chico semejante á mí, creado por mí; conversaba con él, nos referíamos nuestros percances, nos disgustábamos á veces. Para objetivar aquella fantasía, figurábame que mi mano izquierda era la suya, y así experimentaba el placer de estrechársela. Un día que me herí en aquella mano, no sentí dolor, pues el herido era el otro. En ocasiones le enfermaba para darme el placer de sufrir por él. Quedábase en casa y yo iba á la escuela. Cuatro horas de padecimiento mortal. «Le encontraré en la puerta»—me decía al volver; y cuando llegaba, resolvía encontrarle en mi cuarto, después en el patio, después sentado junto al último árbol de la quin-

ta, para prolongar en lo posible mi sensación de fraternidad dolorosa. Las primeras turbaciones de la pubertad lo trastornaron todo. Volvíme cruel con mi amigo, le atormentaba. Un día le hice morir, y desde entonces vivo en la soledad. He visto desaparecer á mis padres, á mis hermanos, sin pena, indiferente, como si se hubiera tratado de seres extraños. Tú, solamente, has conseguido interesarme. Cuando pude querer, las mujeres me devoraron el alma...

—¿Y el ideal?

—No creo en eso.

—¿Y el deber?

—No lo conozco.

—¿Y la belleza?

—La belleza es mujer.

—Entonces, eres pesimista.

—No, porque no soy curioso; solo soy triste.

Dos estrellas muy brillantes miraban desde la inmensidad. Los amigos continuaron paseándose en silencio durante un rato. Al cabo de este tiempo, el militar reanudó el diálogo:

—¡Pero la vida es imposible así!

—No te entristezcas; esa frase vulgar con que tu espíritu se desahoga, me revela un temor. La idea del suicidio ha germinado más de una vez en mi cabeza, pero me he sentido cobarde. Yo sólo sería capaz de morir por alguien: por ti, por la mujer á quien amara... El peligro está para mí en el amor. El amor no es más que un bello prólogo de la muerte.

Callaron de nuevo, y á los pocos minutos separáronse meditabundos.

Algunos días después, el comandante debió salir de la ciudad, por asuntos del servicio.

Pasaron dos años. Durante el primero, la correspondencia se mantuvo. Después, el joven ya no contestó, y hubo en aquella amistad un crepúsculo de silencio.

El comandante regresó á los tres años.

Preguntó por su amigo, y supo que su retraimiento aumentaba, que sus ideas eran más extravagantes y que su misantropía degeneraba en ferocidad. Apenas tuvo alojada su tropa, corrió á verle. La casa conservaba aquel aspecto de vetustez conventual que tanto le agradaba. Salitrosas manchas carcomían el revoque de la fachada. La quinta echaba por sobre los muros, su tórrida exuberancia de bosque. Encontró al amigo en cama, tan sumamente arruinado, que daba pena. Los cabellos, descoloridos, parecían chorrearle por las mejillas. Un continuo tiritamiento le agitaba. Tenía el cutis lívido, como el vientre de un pescado muerto, la yemas de los dedos arrugadas, las uñas blanduzcas. Al abrazarle, sintióle frío y percibió un olor de musgo en su carne. Dos ojeras inmensas mitigaban el brillo de sus ojos, absurdamente luminosos en aquella faz de cadáver.

Hablaron.

—Estás enfermo.

—No, un poco débil y nada más. Sé que estoy

muy cambiado ; pero no importa ; he mandado quitar todos los espejos.

Era un mal principio de conversación. El comandante giró sobre su frase.

—Fuiste un ingrato ; has pasado dos años sin escribirme. ¿Qué ha sido de ti durante todo este tiempo?

El enfermo se incorporó.

—He hecho mal, es cierto ; pero cuando sepas la causa, tú, como hombre de mundo, me disculparás. Eres mi único amigo, y debes saberlo. Vas á asombrarte como un chiquillo : ¡ tengo una querida !

—¡ Una querida !

—Una querida.

—¿ Aquí ?

—Aquí mismo.

Para disimular su estupefacción, el militar echó una mirada por el aposento. Los muebles polvorosos, los papeles en desorden, no revelaban ciertamente la mano de una mujer.

—En todo caso, no es muy hacendosa tu querida—dijo con tono jovial, decidido á bromear sobre aquel asunto, en el que presentía algo muy serio.

—Ella no entra nunca aquí—replicó el enfermo con voz grave.

—¿ Y la amas... completamente ?

—No bromees ; la amo de veras.

—Si consideras solemne la situación...

—Muy solemne. ¿ Quieres oirme ?

—Sí, cuenta.

—Fué unas semanas después de nuestra separación, una noche, entre los árboles de la quinta. Tus palabras sobre el amor me habían causado mucho daño. Sentía una inmensa necesidad de amar. La primavera palpitaba en torno mío como una tentación. La sombra estaba salpicada de luciérnagas, la quinta parecía una iglesia, y bajo aquella extraña decoración, vi de pronto, en el estanque, la divina blancura de su cuerpo. Desde ese instante nos amamos, ora en las castidades de la contemplación, ora en los arrebatos de la dicha. Nuestro delirio duró veintinueve noches. El corto mes de la felicidad absoluta.

El comandante consideraba al enfermo, sin atreverse á contrariarle, temiendo provocar alguna crisis si contenía su exaltación. «Está loco, » se decía. El delirio le consume y avanza á pasos «agigantados hacia el fin.» Al cabo de un momento :

—¿ Conque en el estanque?—preguntó por decir algo.

—En el estanque. Cuando caía la tarde iba á esperarla allí, sumergido en el agua quieta.

—¿ Se trata, entonces de una sirena ?

—No, de una diosa. Pero escucha : tú no sabes qué deliciosa voluptuosidad se experimenta en aquella frescura. La suavidad de las hierbas acuáticas se pega á los miembros ; hay como una caricia ansiada y larga en esos contactos. La sensación del agua se afina y multiplica. Primero es la muelle densidad del terciopelo, luego la mor-

bidez ligera del raso, el aéreo cosquilleo de la gasa, el suspirante beso del tul. Después, ya no se siente el agua. La transparencia inmóvil se llena de vértigos. El vacío se apodera de uno, le sumerje, le dispersa en su deliciosa nada. Sé perfectamente que con eso me estoy matando. Pero es por ella. He sentido el amor, tal como yo lo creía, implacable y terrible. Por espacio de varias noches descende ella á mis brazos, hasta el alba. ¡ Tres años de dicha así, valen toda mi vida despilfarrada !

Su voz delirante se cortó, suspirando como la de un adolescente en el exceso de su primer amor.

—No te exaltes así ; va á hacerte daño.

—No, no, óyeme todavía. En los primeros días está delgada y pequeña ; parece una niña. A medida que el tiempo transcurre, aumenta su hermosura. Diríase que mi amor la vivifica, que mi sacrificio la embellece. Nuestras noches de abandono son dignas de los serafines. Los viejos árboles palpitan con nosotros ; el firmamento se llena de luz para sonreirnos. Pero semejantes transportes, semejantes delicias nos aniquilan, nos anonadan ; ella vuelve otra vez á su infancia delgada y pequeña ; yo paso por todos los hielos de la decrepitud. Luego, mi amada y yo desaparecemos. Vamos á restaurar el vigor perdido en los celestiales excesos, para recomenzar el sacrificio, para tener más vida que darnos, para cultivar en las impacencias de la espera, nueva voluptuosidad y nuevos deleites.

El dolor se mezcla con frecuencia á mi goce, en aquellas horas del estanque, complicando los delirios con una asfixiante y extraña angustia. A eso de la media noche, un frío desgarrador me punza las espaldas ; la médula de mis huesos se congela ; agudos calambres retuercen mis coyunturas ; toda aquella agua me pesa en el hueco del estómago como un bloque de mármol. Las puntadas se generalizan ; es como si estuviera acostado sobre vidrio molido. Siento una ansia espantosa de huir, de revolcarme en el polvo tibio de los canteros, de respirar el aire nocturno con todos los poros de mi cuerpo. Y al contenerme, al afirmarme en mi rigidez, mordiéndome la lengua hasta ensangrentarla para evitar el castañeteo de los dientes, pues ella está entonces dormida sobre mi pecho, experimento una beatitud inefable, saboreo las involuntarias lágrimas de mi desfallecimiento, deseando sufrir más todavía, aproximarme más á la muerte, para amarla más, en proporción de mi tormento...

...Divinamente silenciosa descenderá esta noche al estanque. El cristal líquido, palpitante con los latidos de mi pecho, dispersará en abismantes ondulaciones el oro pálido de sus cabellos. Su desnudez impregnará de blancura el delicado moaré de las aguas. Veré cómo se reclina mansamente sobre mi corazón, cómo me inunda con su belleza ; la beberé en insaciables besos, y envuelto en la húmeda sábana que cobija nuestro amor, esta noche, amigo mío, dentro de una hora más, angelicalmente, ¡ dormiré con la Luna !